ENDYMION

CONCHA ZARDOYA

CIUDADANOS DEL REINO

poesía

COLECCIÓN DE POESÍA
Número 222

CONCHA ZARDOYA

Española nacida en Valpaíso (Chile) en 1914, dentro de un hogar español por los cuatro costados. Vino a España en 1932, residiendo en Zaragoza, Barcelona y, finalmente, en Madrid, en cuya universidad cursó estudios de Filosofía y Letras, estudios que interrumpió la Guerra Civil y que reanudó tardíamente en 1947 como estudiante libre, licenciándose en Filología Moderna ese mismo año. En 1948 se trasladó a los Estados Unidos para enseñar literatura española en la Universidad de Illinois, al mismo tiempo que obtenía su doctorado. A partir de entonces, enseñó en las universidades de Tulane, California, Yale, Indiana, Barnard College-Columbia y Massachusetts. En 1977 regresó a España definitivamente.

Ha publicado varios poemarios: *La estación del silencio (elegías)*; *Un dios que nos domina; Marginalia; Altamor; Ritmos cifras y evasiones.*

CIUDADANOS DEL REINO

CONCHA ZARDOYA

CIUDADANOS DEL REINO

POESIA

Ediciones ENDYMION

Diseño Gráfico de Ginés Liébana
Portada: Escena de *Tartuffe* de Molière. Théatre Royale: Comédie Française, Paris

ZARDOYA, Concha

Ciudadanos del Reino / Concha Zardoya.—
Madrid: Endymion, 1996
93 p. — (Poesía ; 222)

I. Título II. Serie
860"19"

© Concha Zardoya
© De la presente edición: Ediciones Endymion
c/ Cruz verde, 22
28004 Madrid
ISBN: 84-7731-230-3
Depósito Legal: M-43.664-1996
Impreso en: Gráficas Pinares
c/ Buen Gobernador, 24
28027 Madrid

"Esta obra ha sido publicada con la ayuda de la Dirección
General del Libro, Archivos y Bibliotecas
del Ministerio de Educación y Cultura"

CIUDADANOS DEL REINO

HUMANO celuloide... Cine vivo
que transcurre fugaz aunque parece
interminable cinta repitiéndose:
el nacer y el morir se dan la mano
sin ceremonia alguna.

Ni director ni cámara, sincrónicos,
ordenan, testifican... El desfile
de los cuerpos que pasan como sombras
—que no lo son ni han sido—
por esas calles últimas del pueblo
y arrabales sin nombres, sin aceras...
Por la ciudad, sin luz o iluminada,
que rueda sin cesar
a su final ignoto o esperanza
de yacer en los mapas sin borrarse.

Escenas hay, a veces, familiares
y encuentros que sorprenden, alegrías,
abrazos y hasta besos ...
Y disparos en otras, aniquilan
a imberbes crïaturas,
a niños que jugaban en las plazas...
La cinta sigue y sigue su rodaje,
por sí misma fluyendo como un río
que busca un porvenir en su ignorancia
de límites y cauces, de algún puerto,
designio indescifrable.

Humano celuloide de la vida
en ese gran teatro de las urbes:
apenas transparente, nos implica
en su transcurso —todos, cada uno— :
personajes apenas entrevistos,
intuidas siluetas, vagamente,
en el drama tan hondo de la Historia
que cada vida asume al ir viviendo
para morir sin fecha señalada
ni lápida que grabe heroicidades
de tan sólo existir día por día.

Y pasa el traficante, dadivosos
cristianos o budistas
que miran hacia dentro de sí mismos,
el delator, felones, humillados,
aduladores, necios, los hipócritas,
los insumisos jóvenes,
aquellos que conspiran disfrazados
de monjes obsoletos.
Y tipos arrogantes sobremiran
al viandante común y, displicentes,
con parsimonia cruzan los umbrales
del club social o tienda prestigiosa.
Con donjuanesco porte y ademanes,
el amoroso va buscando presa.
Enamorado amante lleva rosas
a la novia que espera en el suburbio.
El suspicaz, después, el desconfiado
que de soslayo mira al sospechoso.
¿Acaso es criminal quien va corriendo,
alterado, veloz, desfalleciente?
¿Pudiera ser poeta el distraído
que por mirar al cielo se tropieza
con farola y guijarro inoportuno?

Tú miras la riada ... Muchedumbre
que quieres conocer en un arranque
de solidario amor o empatía
emocional, congénita,
que a intuir te lleva los retratos,
configuradas almas transeúntes,
los anímicos dramas proyectados
por todos los que pasan instantáneos,
¡ay!, cotidianamente.

El filme nos dibuja, descriptivo,
el transcurrir de vidas paralelas,
enajenadas, solas,
libertos o perdidos eslabones
de la humana familia que tú nunca
conocerás de veras. Celuloide...
Ciudadanos del Reino.

EL ARQUITECTO

(A Enrique López-Izquierdo, arquitecto)

CUAL si fluyeran libres a otro mundo,
las formas que tú sueñas son disímiles
sobre esa blanca lámina... Sin réplica
lo soñado no puede transferirse.
Y tú lo sabes bien cuando amanece
e intentas esbozar aquella sombra
de otra sombra —¿quizá luz insumisa?—.
No puede duplicarse en el otoño,
ni en noches solitarias del invierno.
Lo soñado divaga por tu mente
como nube tenaz que no pudiera
borrarse y transcurrir al mismo tiempo.
No se evade ni nunca te soslaya
mas siempre desconcierta su apariencia.

Las formas, alteradas, se refugian
en un confín oscuro y, ya sin cambio,
en una 'nada' inmensa y sin cadenas.
La idea está delante, construída...
En el papel tú ves que se deshace
y su verdad fenece... No comprendes
si es sólo un subterfugio lo ocurrido.
Indestructibles líneas tú quisieras,

alegorías claras de verdades
que aprehender no es fácil ni factible.
Ansías las cadencias de la piedra,
el armónico mármol y el acero
que defiendan tu Obra del olvido,
vetusta decadencia y de la herrumbre.

Insensata parece tal hazaña
en el caos que reina en las ciudades,
anhelo suprahumano de tu espíritu,
vocación heredada y transmitida.
¿Es absurda ambición del Arquitecto
que ilustres monumentos ha elevado,
las admirables urbes bien trazadas?
¿Y qué razón le asiste o le sostiene
en titánico afán irevocable?
Esfuerzos misteriosos configuran
los musicales claustros de una plaza.
¿Qué exacta operación, preciso cálculo
para erigir las bóvedas mayores?
Y todo lo creemos milagroso,
pura magia de cifras y de imágenes.
¿Es un 'dios' creador el que construye
tanta belleza sólida ascendente?

Y contigo alabamos, fervorosos,
esas nobles materias que has usado,
y el ladrillo también y la argamasa
tan sencilla, terrígena y humilde.
Alzaron, combinadas, las mansiones,
los teatros, los cines, las viviendas
sin lujo de los barrios más distantes.
Y contigo salvaron la hermosura
de ser sólo invisible y deseada.
Ahí está la calle, proclamando
su humana utilidad, bien nobilísimo.

¿Recuerdas a Eupalinos de Megara?
Él iba a la cantera y escogía
aquellos materiales para el templo
del que jamás hablaba —¡su secreto!—,
a pesar de sus diálogos cordiales
con capataces suyos y peones.
Intensa convicción daba las órdenes
y mencionaba nombres como suele
hacerlo sólo un dios o gran maestro.
Se decía que todos eran miembros
de su cuerpo y unidos trabajaban
en coherencia rítmica, precisa.
¿La perfección reclamas de Eupalinos
y la suma belleza del santuario
a los cielos alzando su victoria?
¡Dilecto constructor que tú quisieras
—no imitar— repetir en estos años!
Te maravilla su arte pues conoces
su pensar, su diseño, sus preceptos.
Duración infinita que tú anhelas
—¡que no derribe el Tiempo muros tuyos!—
para las obras —hijas concebidas—
de las que fuiste padre enamorado.

Edificios que son tus crïaturas
o reflejos, quizás de tu ser vivo
que cambia, se altifica o se redobla
para ejercer noblezas cotidianas.
Y fieles proporciones amigables
inventas, cuantificas y dibujas:
matemáticas leyes las cimentan.
Edificios callados o sonoros,
edificios que cantan... Eupalinos
con platonismo suyo imaginaba
los sinfónicos atrios y columnas.
¿En este siglo nuestro tú le evocas?

O si han nacido muertos los que callan
—te preguntas— , abriendo cartapacios.
¿Son ellos las prisiones, hospitales
poblados por la muerte o el silencio?

¡Esas masas desnudas, plenitudes
de murallas y fosos que defienden
palacios y alcaldías! ¡Implacables
atalayas y torres almenadas!
Las misteriosas puertas se entreabren
un poco a las tinieblas de las criptas...
¿Centinelas vigilan cautelosos
desde finas ranuras de aspilleras?
¿Desoladas tristezas sólo encuentran
de prisiones, núbiles reclusos?
¿Sólo ronda la pena, asomada
a unos ojos velados por el llanto?

Avanzan construcciones sobre el agua:
el mar les acaricia sus cimientos
y lame como un can sus escalones.
A veces, se retira... Siempre vuelve.
Tú sueñas —increada— 'tu' Venecia
en litoral inédito y posible.

Entre olorosos pinos esos techos
con fogatas de lumbres maternales:
la madera del porche, protectora,
cobija de nevadas y ventiscas
guadarrameñas, súbitas y frías.
Y la piedra ancestral un lecho ofrece
al descarriado prófugo o liberto.
Tú vivistes allí... Amanecía
al levantarte tú: cortabas leña
—esas ramas caídas y ya sin savia—
para el fuego y calor tan necesarios

—esas ramas caídas y ya sin savia—
para el fuego y calor tan necesarios
en aquellas alturas de la nieve ...

A la ciudad ya vuelves pues te obliga...
Edificios que cantan por sí mismos,
te cuentan su verdad de hierro y mármol:
tú la sabes y sabes dar las gracias
por ese hosanna, júbilo asumido
del entrañado esfuerzo que se eleva
y canta para ti lo inaudible.
Materias diferentes se unifican
—convexidades, triángulos, esferas—,
tenaces, persuasivas, razonables,
reales, realísimas, tangibles.
Las miras con amor... Y tú no juzgas
ni efímeras ni débiles sus tablas:
venerables serán y sobrevivas
para hombres de hoy y de mañana.
Sueño y ciencia, visibles, integrándose,
concurren y dan ser al monumento.
¡Paz y gozo se hermanan y entrelazan!

Cuando edificas tú una morada,
cuando buscas su forma y la diseñas
sobre el papel —¡es nube que se evade!—,
quisieras regalar a quien la habite
un serio afán gratuito de belleza,
como objeto que alegre la mirada
y enriquezca el vivir en testamento
para el alma interior que lo conlleva.
Y un mensaje quisieras dibujarle,
grabarlo en las paredes como lema
que nunca ha de olvidar si él es sensible:
"Roca y árbol, aquí, unificados
con metales salidos de la tierra.

¡Comunión admirable de universos!
Naturales, en bruto, trabajados
en un cosmos se integran, sólo tuyo,
y enseñan armonía concertante
de múltiples sapiencias adquiridas.
Recíprocos amores reunidos
harán tu intimidad, un nido cálido,
alcobas de la dicha duradera ..."

Indisolubles lazos tú concitas
entre greda y granito, fina arena,
hierro duro, cristal y maderamen...
En alianza los unes tan perfecta
que borra diferencias, las combina:
el conjunto es un todo inseparable,
creadora armonía sólo tuya.
Materias concertando con oficios
—soladores, vidrieros, albañiles—,
Arquitecto, construyes densas urbes.

Belleza y duración con el trabajo
conspiran, con el orden: es el Reino
que exige arquitecturas nobilísimas
sin orgullo de serlo, recatándose,
amables y discretas, resignadas
e inmóviles estar ya para siempre.
Las luces y las sombras van fundiendo
contrapuntos rivales, perspectivas,
balconcillos, aleros voladores,
geometrías abstractas necesarias ...

"Los edificios cantan" —el Maestro
decía sin equívocos ni dudas.
Hoy estamos seguros de que cantan
las barandas, los pórticos aéreos.
Y melodías son los edificios

que el horizonte pueblan de sonidos:
son humanas colmenas de abejorros
que laboran y mueren, ciudadanos
de estirpe solidaria o egoísta.

Tus enclaves encierran mas protegen
de aquellas agresiones insoñadas
y de aquellos prestigios de la lluvia
que esperamos con sed y vehemencia.
Las atalayas tuyas miradores
nos dan y las estrellas sus galaxias
revelan a los ojos extasiados:
esa altura es un don que nos propicia
indefinible "*música callada*".

Estas urbes son Reinos que levantas...
A reflexión convocan magnitudes
que asombran: infinitos oleajes
de ventanas y puertas, arrecifes
del cielo, noche y día, nos custodian
de fantasmas y hielos invasores.
Su plenitud no cambia ni se altera
su combustión secreta y persistente.
¡De nuestras emociones son testigos!

Yo siento que tu ser está enclaustrado
en estos edificios que hoy eriges
con tanto amor y fe, con tanto goce.
¿Sorprendernos sabrá el alma tuya
desde un umbral o quicio, sin espera?
Estamos preparados para hallarte
en ese gran desván de los juguetes,
en sala que reúne a la familia...
¡*'Daimón'* eres del lar y tú lo ignoras!

En el 'espacio' creas otros nuevos,
esencialmente humanos, bondadosos.
A la música añades poesía:
los árboles, las flores, seres vivos,
sus esencias mezclando con sus fines.
Al existir, conviven asociándose,
juntos crean el tiempo que se llama
Vida: vida común en ese ámbito
de paredes y huecos figurados
con tu sabia conciencia del prodigio.

Y sonora, fecunda, insistente,
tu alma de Arquitecto se hace fábula,
mito vuélvese, Músico de formas
tangibles y concretas, al servicio
de la humana existencia que transcurre
a su final sin fecha ni frontera.
Tu música de mármol —como un arpa—
le da su despedida y sus adioses
que les devuelve el aire con su aliento.
Arquitectura y Música se hermanan:
construyes armonías con el cuarzo
que las brisas burilan otoñales.
Una lluvia de hojas lentamente
desciende y en susurro se desliza
hasta pisar la calle... Tragaluces
se cierran al misterio que no ocultan.
Hilo a hilo, el agua se devana
por aceras que apenas humedece...

Los contratiempos nacen mas no ofenden
a ese sueño inmortal que vas buscando:
no lápidas de bronce con tu nombre,
ni medallas de oro y ni esos premios
que valen si son justos, merecidos.
¡Arquitecto invencible, no te canses!

Las ciudades del Reino lo demandan,
soñando torreones que no abdiquen
de ser aún más altos que los símbolos.

EL FAVORITO

DESCIENDE la escalera del Palacio
con ademán altivo.
Apenas sin sonrisa, no recata
su orgullo satisfecho por el rango
que le fue concedido a su fortuna.

(Si fuera merecida, ocultaría
con rubor esa dádiva,
inesperada siempre, aunque fuera
justísimo recaudo del esfuerzo.)

Su garbo pavonea por la calle
y llega hasta la plaza: le saludan
con irónico gesto los que saben
o aquellos que adivinan
azares, incongruencias,
complicidades mutuas, alabanzas...

Exhibe, paseando, el privilegio
de ser un elegido del que manda,
del que premia interés o vanidades,
parcialidad, halagos...

Ha entrado en el café... Sus contertulios
le colman con abrazos y aspavientos,
grandilocuente elogio...

En su insensata dicha no presiente
la pasajera fuga de su gloria.

EL SOSPECHOSO

El recelo se abre cuando pasas,
cabizbajo, sinuoso, melancólico,
por esas oficinas o salones
en que sólo se habla o se conspira
'legalmente'...
Con aire solapado las astucias
te declaran culpable.
Presunciones, insidias, conjeturas
parecen acusarte y desconfianza
insinúan, ladinas, las miradas.
¿Quién osaría, noble, defenderte
de tanta acusación informulada,
maliciosa, presunta, clandestina?
¿Hay alguien que se atreva
a quitarte la máscara
que tú jamás exhibes?
Indicios o vestigios
de verdad equivocan o confunden.
Inocente quizá de toda culpa,
tú sufres la sospecha que levantas,
calumnia inmerecida,
la huella que te sigue.
Denuncias te atribuyen o que espías
a sueldo para alguien,
deshonores sin causa, delaciones
que nunca cometieras.

Y latrocinios, hurtos
recaen sobre ti como un destino
fatal que has de cumplir sin desaliento.
Por tu ambigua apariencia te prejuzgan
sin certeza que avale lo insinuado.
La sospecha te ronda sin cautela,
siguiéndote los pasos ... ¿Quién es víctima?
¿Un cualquiera o tú mismo el espiado?
Recelosas, con miedo,
las almas en tu espejo se retratan.

Tú pasas y traspasas soportales,
escuchando murmullos,
insinuación sutil, alevosía...
Las luces y las sombras intercambian
ambiguas realidades y apariencias...
Y tú sigues pasando, sospechoso,
sin alivio de niebla o de silencio.

EL INQUIETO

Te inquietan los susurros de los árboles
y el musical murmullo de la fuente
al derramarse pura en la mañana.

Te solivianta el aire de los pájaros,
el rumor otoñal de la hojarasca,
esa leve caricia de la nieve.

Se conturban tus sienes cuando miras
lo que en la plaza ocurre diariamente,
recelando tragedias imposibles.

Caminar es alarma que no evitas:
con inseguro paso no te atreves
ni a regresar siquiera a tu morada.

Por las calles tu sombra te persigue
como un torvo enemigo de ti mismo
o enajenado can que busca a su amo.

El resol de la tarde preanuncia
esa noche que temes, misteriosa,
erizada de cactos y desvelos.

Te requeman por dentro viejas brasas:
los rescoldos antiguos del pasado
anidan sin ceniza mas te duelen.

Espinas de ansiedad te crucifican
el alma y la conciencia... ¿Qué sospechas?
¿Remordimiento atroz es tu carcoma?

¿Ansiosa expectación? ¿Qué voz de alarma
perturba tu vivir o tus ensueños
y te hace vacilar ante la dicha?

No quieres zozobrar aunque te aflijan
los pequeños conflictos famillares,
la confusión, el cambio de las horas ...

Desasosiego innato configura
tu existencia. La angustia te desangra.
¿Dulce paz interior reclamas sólo?

Sobrevives aun y la amargura
—tribulación que asumes en tus venas—
es el único peso en que gravitas.

EL SOSEGADO

TÚ paseas tranquilo, contemplando
cuanto alcanzan tus ojos, en silencio,
sin romper la quietud del alma íntima
que 'siente' y que 'razona' al mismo tiempo.

Ni hay treguas inactivas ni reposo
en esta paz mental que te sosiega
al afrontar afanes sin medida:
ni hay tregua en tu vivir para las penas.

Ni hay holganza tampoco, sedentaria,
en ese meditar que nunca es ocio
ni siquiera la calma que mereces:
tu sosiego no cesa, generoso.

Te llaman 'reposado'... Tú lo aceptas:
no te retractas nunca de ese diálogo,
interior y sereno, con el mundo
que enriquece tu vida sin descanso.

EL DADIVOSO

Te llaman loco, sí, un hombre raro
—no un santero llevando su tablilla— ,
un 'nadie' que presume
de ser caritativo por ser alguien...
Hay gentes que denigran al que es bueno
nada más que por serlo.

Sensible corazón nació contigo
y al ir creciendo supo acompañarte
hasta llegar a ser el que tú eres.
Benignos dioses, númenes dilectos
guiaron tu vivir en tolerancia
y humanidad profunda: su legado
ha sido para ti un evangelio
de compasiva acción, no penitencia.

Muchas veces renuncias a ti mismo
para darte al que sufre o que mendiga:
tu dádiva es de pan o esfuerzo sumo.
Beneficias y acoges, te consagras
a esa piedad sincera
que es filantropía,
efusión de tu espíritu.
Al que no tiene techo
ni un árbol que guarezca
sus huesos o le dé alguna sombra,
tú sabes ayudarle de algún modo.

Padre de pobres eres y de huérfanos.
Los descalzos te buscan, los desnudos,
no en atrios de iglesias
sino en calles y plazas
de todos los suburbios ciudadanos.
Atiendes las carencias despreciando
esos lujos burgueses sin nostalgia
de sacrificio alguno.
Donante de ti mismo, providencia
te vuelves para todos, auxiliando
privaciones y pérdidas,
urgencias y demandas.
Por civismo también eres benéfico:
tus donaciones
alcanzan sin negocio a esos guetos
de marginadas razas y exiliados.
Misericorde siempre, tu paciencia
es liberal ejemplo,
exaltación y celo que se inmola
en beneficio
de todas las pobrezas materiales,
de todas las heridas que descubres,
y hasta morir por otros soñarías.
No eres fraile ni eres misionero,
ni altruista filósofo
que practica —magnánimo—
abnegaciones últimas.

No es fama de ser bueno lo que ansías.
Ser quijote no quieres: tú, cruzado,
defiendes solamente
fraternales derechos solidarios,
los activos deberes
de la nobleza humana y sus decálogos.
No es la 'sopa boba'
lo que das a los míseros.

Tu caridad no sale del cepillo
eclesial ni alcancías
de la colecta pública.
No es limosna que otorgues
para ganar el cielo
el día de tu muerte,
o plenaria indulgencia.

Por esos arrabales de las urbes
humanitario amor te va guiando
—corazón bondadoso, bien nacido
ciudadano del mundo—
a mermar injusticias y las hambres,
a encender la esperanza
en las frentes sumisas
y en voces que reclaman
no ser como alimañas ni el escombro
que nutre muladares.

Locura inimitable es tu divisa:
tu fraterno mensaje voluntario
sepulta el egoísmo y la semilla
que su herencia nos deja.
La compasión no es dogma, privilegio
de almas delicadas.
Benignos siempre,
los dioses patriarcales las bendicen
en remotos edenes de sapiencia
serenísíma.

EL INGENIOSO

(*Para Marina Llorente*)

TRANSGRESORA palabra —invectivas—
esgrimes con viveza y artificio,
contra esa realidad que te aprisiona
o te limita.
Tu agudeza verbal asombro causa.
¡Con qué hábil ardor, con qué donaire
tus vocablos se enlazan y se burlan
del ingenuo vivir tan humillado!
¡Con qué malicia urdes voces nuevas
que nos pasman al borde de la risa!
¡Nos sorprenden tus rayos y relámpagos!
Cual lince o zahorí clarividente
interpenetras huecos y los pozos
de aguas hondas, oscuras, ahogadas:
rescatas claro polvo que destella
en el esquivo plancton de la lengua.
En su vuelo nocturno o luminoso,
tu sutileza caza mariposas
de todos los colores y apariencias.
Tú descubres también el nacimiento
de diminutos tréboles azules
con suma perspicacia.
Chispeante gracejo crea júbilo,

inesperado salto de la imagen,
libérrimo destello que alucina,
y toda servidumbre es expatriada.

Y vulneras las formas que te aburren
—¡el miedo a no ser clásico!—:
subreales metáforas inventas,
devalúas, degradas perfecciones
y traviesos sintagmas se deslizan
entre serios conceptos axiomáticos.
La tiranía vences de rigores
impuestos por el uso o la gramática.
Diseñas tus sofismas sutilmente,
acrósticos, hipérboles...
Paradojas columpias, bamboleas
raíces del idioma o los horarios
calumnias difamando al más austero.
Contradices, auguras hecatombes,
libertades libertas
de ser sólo posibles y engañosas.
Ironías corroen seriedades,
ajena imposición insobornable.
Tu consigna proclama insumisiones,
originales gestos agresivos.
La patraña —sin cálculo
ni buscados dobleces—
ha de emerger del fondo
existencial más íntimo.
Preferencias recreas, actualizas,
en un alarde máximo
de elección permanente
que cambia a cada instante.

Posibilitas siempre sugerencias
que invitan a la huida
de toda seriedad o reflexiva

evaluación del mundo.
Horadas, como un verme, la madera
de cada realidad que existe o vive:
termita que destruye construcciones
de sólido granito o blanco mármol,
perforando cimientos, dictaduras,
satrapías...

Tu embriaguez nos salva
del triste ensimismarnos:
el juego nos anima a ser niños
sin edad, liberados
de toda disciplina y trascendencia.

EL REBELDE, ¿SIN CAUSA?

EL furor de vivir
arrebata tus horas
empujándote siempre
a romper, a pintar
muros viejos o limpios
con obscenas palabras.

Detener no sabemos
esa cólera ¿justa?
de tus jóvenes años.
¿Hay leyes que te ultrajan?
¿Consignas que no sigues?
¿Otras nuevas impones?

Flechas, hoces y rosas
se entrelazan o esgrimen
las airadas protestas
del odio que invalida,
sin piedad anatemas
contra vivos y muertos.

Tu rebeldía duele
a quien sabe en su pecho
que es inútil y mancha
la belleza del mármol
y agrava la miseria
con su color de sangre.

EL EXPATRIADO

LEJANA patria,
la infancia que fue tuya,
edad feliz, dorada e inocente.
Ser un niño otra vez que ya recobra
no sólo sus juguetes sino aquella
levedad tan, tan libre de las normas.

Aquella libertad era alegría
sin pretexto ni causa,
desvinculado gozo de los cánones
que humillan o degradan.
Los jubilosos ímpetus absuelven
de ancestrales códigos:
es otro orgullo innato
el que levantas tú cual una insignia
de creación purísima y lograda,
ingenioso vivir que se conjuga
con lúdicos afanes absolutos:
la cometa, el balón, el automóvil,
el barquito de vela,
bellos libros de cuentos,
la misteriosa caja
de lápices y tizas de colores ...

Lejana patria tuya
—un "paraíso" es de los poetas—
a su confín te llama, sin adioses
que puedan confundirla con la muerte.

EL AVARO

MULTIPLICAS monedas en el sueño
de cada noche,
no restas dividendos ... Vas sumando
las ganancias, las cifras que te alegran
el corazón cual vino generoso.
Ni duermes ni descansas
en tu velar sin tregua y envejeces
atesorando siempre en tu codicia.
La avidez te domina
y ese sórdido afán de ser más rico,
sin saber que eres pobre cada día,
más y más miserable.

Y temes por tus arcas. Tu demencia
ve sombras de ladrones o de espías
detrás de cada puerta
o de cada ventana
y en todos los rincones,
detrás aún de un árbol inocente.
Las secretas aldabas tú vigilas.
Las llaves de los cofres te obsesionan.
La gaveta ¿entreabierta?
¿Cuál era el artilugio que inventaste?
Hurón de cajas fuertes,
¿has olvidado ahora
la clave casi mágica?

Contra el pecho tu bolsa más aprietas
por si hubiera mendigos en la esquina,
sagaces malhechores ...

Tu mezquindad es morbo,
absurda desventura que te causa
tu aurívora pasión desenfrenada,
esa enfermiza fiebre que devora,
vaciándote por dentro
de humanas resonancias:
no son de amor los réditos que cobras.
Las alzas y las bajas, usufructos
satanizan tu alma.

Despreciarte quisiéramos ...
La pena nos invade
al ver tu esclavitud, oscura llaga
sin alivio posible.
Y la tragedia vives del avaro
paupérrimo.
Tu opulencia de sátrapa
es tan sólo miseria y desvarío.

Metalizado, sórdido, tu espíritu
no se asoma a tus ojos minerales:
escóndese en recodos de tu cuerpo
que nunca se adivinan.
Esa usura es letal y petrifica
cuanto es sentimiento, la nobleza
de darse a los demás y nunca en préstamo.
Atesoras recaudos que avergüenzan
y duelen a los justos.
Sin ambición magnánima,
te empequeñeces tú y una limosna
—¡ignominiosa!— pides a la suerte.
¡Usurero mendigo de ti mismo!

Hay manos que se alargan a la tuya ...
Y las rechazas siempre, cicatero
de tus níqueles ínfimos.
Nos avergüenza verte por las calles
con cerradas alforjas mercantiles
y dedos ahorrativos ya sellados
para el óbolo mínimo.
Nos avergüenza verte en oficinas
de Catedreles- Bancos
para firmar allí las transacciones
fraudulentas, equívocas.

¿La caridad pudiera redimirte
del menguado destino, sin largueza,
de tu vida misérrima?
¿Una pequeña dádiva pudiera
merecer el perdón de los que ofendes
o dañas cada día?

LOS AMANTES

¿QUIÉN engendra el amor en los amantes?
Se declara, pretende, solicita...
Requiebros, devaneos, los arrullos
del bienquerer conciertan en un dúo
de sílabas concordes:
extraña idolatría los arroba.
Se rinde el albedrío a la querencia:
la mutua seducción es bebedizo,
deseo de hermosura inmarchitable.
El alma y sus virtudes
traspasan el idilio de los cuerpos.

El doble amor es uno:
la juvenil urgencia
que por fuera los ata,
por dentro los anuda
con el vínculo ardiente
que confunde las sangres
en una misma vena,
en una misma llama.
La cálida epidermis
es pasión y dulzura.
Los raptos huidizos o fugaces
se transforman
en profunda raíz que es ya simiente
de sensitiva flor enajenada.

Epitalamios líricos
se entrecruzan
en la emoción dual de la alegría
que unifica, latiendo
en ambos corazones:
el palpitar isócrono resuena.
Intercambiados éxtasis los sacia.

Y soliloquios vibran exaltados,
fundidos en el fuego incorruptible
que el suspirar extrae de la sangre,
pasional, circulando incandescente.
Las palabras se rompen consumidas
por esa incoherencia arrebatada
que inmola castidades
en rapto irreprimible.

El Amor y la Muerte son apenas
identidades sumas:
historia visionaria
están viviendo juntos,
presentes y remotos,
ayer y hoy, mañana...
¡Con qué poder las fuerzas amorosas
—inevitables ya—
son Némesis o Moiras despiadadas
que enjubilan o hieren como dardos
de maligna ponzoña!
Edad y juventud, la ley, desorden,
ese luciente ardor de la belleza
que no sabe temer las erosiones
del tiempo indetenible,
ni sospechar aun
que existe el sufrimiento,
ni madurez fatal de senectudes ...
La victoria proclama de las rosas:

el *"carpe diem"* clásico no inquieta
en el secreto nido donde reina
la luz maravillada...
No es comedia vivida que aboliese
los trágicos augurios
del fatal desenlace.

Soñado sueño antes, hoy activo,
las murallas escala de la noche
hasta el balcón en sombra, venturoso...
Y ya dijo Romeo que los límites
de la piedra jamás impedirían
el triunfo de la alas luminosas
del amor verdadero,
sin finitud posible
para Julieta virgen.
(¿Recuerda todavía las palabras
tan gloriosas y tristes de su amante?
"El amor es el vaho de ese hálito
que exhalan los suspiros y las lágrimas.
Y algo más...
Esa locura dulce
que clava sus espinas
en alma y corazón ya sin alivio...")

Las perfumadas flores van creciendo
junto a aulagas y hierbas venenosas...
Virtud y vicios hay que se entrelazan,
fidelidad también,
engaños, decepciones, acechando...
Hay vientos, sí, que vienen de la tierra
y de las tumbas...

Desafía el valor con su constancia
a la Muerte final
que separa y reúne a los amantes...

Ese último beso sella labios
y es anillo que ata las dos almas
en sus postreras nupcias siempre inéditas.

EL INSUMISO

CONTRA la guerra, tú,
marciales coacciones,
las arrogantes leyes, disciplinas
que van contra el hermano
y humanas dignidades.
Esgrimes la anarquía como excusa
contra el sable y la bala,
cuanto el bisoño sufre en los cuarteles.
Insurrección pacífica, motines
con banderas de paz y por las calles
te alzas en protesta que persiguen
las armadas milicias ...
Insumiso, tú exiges y enalteces
fraternidades máximas,
jamás conspiraciones sublevadas,
sin turbamultas ciegas,
algaradas sin causa.
Con el pecho desnudo tú defiendes
el antiguo derecho comunero
a no ser sojuzgado
ni sojuzgar tampoco.
No eres trabucaire,
ni eres insurgente,
ni agitador pagado por ninguna
cobardía.

Tú, joven solidario
de todos los países que se unen
en la gran utopía
de acabar con las guerras
y tantas represiones coloniales.
No propugnas desfiles:
tu noble germanía
sólo hermandades busca,
jamás provocaciones.
No es agitar por nada lo que haces,
ni perturbar el ritmo ciudadano:
despertar las conciencias sólo quieres
hacia un futuro nuevo.
Un faccioso no eres rebelándose
contra las vetustas reglas de la Patria:
servirla en libertad es lo que ansías.
Tu objeción es dialéctica
generosa.

(Anacrónicas normas ya no valen
para el joven que aprende
la historia de Hiroshima,
de Kuwait o de Ruanda ...
No sirven cuarteladas ni revueltas.)

Soldaditos de plomo se deshacen
en las rojas hogueras de la noche...

EL CREYENTE

¿Es la fe la utopía revelada
por un Dios que gobierna desde sombras
primigenias, augustas,
astrales, infinitas?
¿O nace simplemente en corazones
infantiles aun y candorosos,
humanadas semillas que no saben
si algún fruto darán en el estío,
en cosecha otoñal o fin de vida?

¿Fontivérica fuente mana el agua
que sacia y que no sacia
el Amor que tú buscas y requieres,
el hontanar recóndito que escancie
sabidurías hondas y esperanza?
El huidizo Corzo dejó huellas
de su luz dentro del alma que seguía
el rastro o la señal de aquella fuga
hacia la Luz sin Causa,
el mensaje profundo de sus ojos
venidos, de tan lejos,
más allá de los límites
de todos los espacios temporales:
el manantial incógnito y sin nombre.

¿Te espera un noble Budha ensimismado,
en su serena paz contemplativa,
sentado en una piedra que se orienta
a Himalayas altísimos,
excrutando
esa nieve interior que no deshiela?

¿Es 'decible' creencia la que insufla
esa íntima llama de su pecho,
ardientemente pura, casi fresca?
¿Qué 'algo' o 'quién' la condiciona?
¿Acaso es devenir de lo imperfecto
que aspira a perfección sin fin ni mancha?
¿Es sólo desear
ese Reino imposible y sin un donde,
sin meta ni horizonte dibujado?

Internos oleajes arrebatan el alma
de su corpórea forma.
Sugestiones extrañas
que apenas se insinúan,
nebulosas, libérrimas ...

Tú quisieras, a veces,
soñador, visionario,
emanciparte
de ritos heredados, de sapiencias,
de plenas mansedumbres,
de circulares cielos suprahumanos,
de celestiales triángulos videntes.

Hay raíces hundidas
que reptan hacia ti y van subiendo
de ancestrales abuelos
—perdidos en el tiempo—
que anhelaran asirte,

sojuzgarte quizá ya para siempre.
Tú quisieras cortarlas... Sin arraigo
subir al aire libre de ti mismo,
navegar como un náufrago
por los mares sin playas ni arrecifes,
intemporal océano.

Quedan lejos las tumbas,
borrados cementerios,
los solemnes Tedeums,
los sellados conventos,
las sombrías ermitas ...

Has leído las páginas que escribiera
Dios para ti —dijeron—
como un amigo tierno, sapientísimo,
con extraña sintaxis y esos símbolos
que apenas hoy entiendes ni descifras:
son oscuros y antiguos, polisémicos...
Sin éxito, caducas, te debates
en sinonimias vanas.
¿Una página nueva bastaría
para alumbrar sentidos transparentes?
Para ti y para todos la reclamas.
¿Será una historia viva?
Las otras nos parecen
ya muertas —¿sólo pálidas?—: no sirven
para nuestro vivir tan angustiado ...
Palabras nuevas, vivas ¡ay! queremos,
llameantes, que animen y sostengan
—poderosas—
decrepitud del alma
y existir sobre ruinas
de todas las ideas y sofismas
que nos han engañado.
Palabras o anatemas contra el miedo

de vivir y morir
para ser anulados bajo lápidas.
Palabras que la Paz nos aseguren,
sin vencidos
ni vencedor orgullo cesarista.
Acciones y palabras sublimadas
en un abrazo cósmico,
sin desleal disfraz
de falsos silogismos:
la suma transparencia que ilumine.
La deseamos todos y nada deseamos
si no es esa verdad, diamante puro.
¡Estar vivos y amarnos sin rencores antiguos!
Reconciliada fe que nos sostenga,
nos guíe y sobreviva,
perdonando ignominias,
maleza de los reinos.
Y final certidumbre sea siempre
de nuestros pasos todos:
esa luz interior de nuestro espíritu.

Te envidiamos, creyente que no dudas
ni vacilas jamás:
porque el Amor tú buscas sin cansancio
que te asfixie
la luz del corazón iluminado.
Pero nuestras preguntas nos asedian
sin tregua todavía ...

¿Un monje quieres ser en breve celda oscura,
en el claro paisaje de un Fiésole bellísimo?
¿Te llama Fra Angélico con ángeles azules
tocando sus trompetas, sus dulces mandolinas?

¿Ser veta mineral que arrancarse quisiera
de esas galerías donde hondísima repta
como un humano verme ancestral, milenario?
¿O perforar la tierra tan dura y taladrarla?

La Muerte ha madurado —¡tan lenta!— al ir viviendo
y exige salvación en dual fruto suyo
que fuera vida antes manifiesta, proclive
al ascenso ulterior jamás, jamás difuso.

Intramundana fe tú vas buscando, firme,
en el mapa sagrado de tantas religiones.
Ya no escuchas a Orfeo, poeta enamorado:
en el cosmos tú nadas y navegas
en sublimadas horas que te exaltan por dentro.
Tú quisieras orar ... Sólo bendices, libre,
con los ojos y el alma alrededores tuyos,
los bosques centenarios —secuoyas, abedules—,
los manantiales puros donde beben sus cánticos
los pájaros celestes.
¿Trascendencia de Dios que está fluyendo siempre
e insufla el noble aliento creador de los hombres,
caducidades salva y eterniza sus nombres?

Creer y no creer... La triste incertidumbre
del ser y del no ser... ¿Jamás no te persuaden?
Te anegas en tu mística, ya propia o heredada:
maternales imágenes, crucifixiones trágicas,
creencias de tu pueblo, seculares, remotas,
trasfondo subterráneo, candidez visionaria,
milagrería crédula, legendario consenso...

¿Saber y no saber
"toda ciencia trascediendo"?
(¿Infusa, toda ciencia?)
¿Te exculpan letanías

de dubitar insomne?
¿Tu personal deísmo salvaguarda?
¿Innatas teodiceas excomulgan
rituales sacramentos?
¿El don de Dios absorbes
por ósmosis recíproca?
Las transitorias dudas
apenas son arena evanescente.

No aceptas subterfugios ni tampoco te bastan
supersticiones mágicas, fanatismos ni dogmas.
Todo es refutable si la fe no socorre
esa flama interior que no se apaga nunca.
La fe —¡'tu' fe!— te salva y te confirma
aunque arrecien tormentas, vendavales
de integrismos aciagos...
Tu fe, creyente, clara resplandece
dentro de ti, vigía siempre insomne.

EL PESCADOR DE CAÑA

(Para Emilio Miró)

EN la orílla de los chopos,
con tu paciencia y tu caña,
en silencio y esperando
al pez dorado que pasa
—esquivo siempre a tu sombra—
río abajo y te soslaya.

Algunas veces tus ojos
en el cielo se posaban.
¿Pescar quisiste la nube
que navegaba tan alta?
A la corriente otra vez
volvías ya la mirada.

Tu pobre caña de junco
nunca, nunca pesca nada.
Los peces dorados, lejos,
aguas limpias retrasnadan.
Las nubecillas azules
por el viento trasvolaban.

Y tú solo, en la orilla,
pescas sueños sobre el agua:
sueños que a la mar se van
sin saber en dónde acaba.
Sueños que huyen también
de quien los pesca con caña.

EL TRÁNSFUGA

TRANSCURRE tu vivir huyendo siempre
de quien fuiste o serás ya por la noche.
Quién eres de verdad no lo sabemos.
Tú, hoy, estás aquí. Mañana ¿dónde?
Trashuman tus ideas, tus afectos
reales o fingidos.
Aldeas y ciudades se intercambian
si las cruzas ansioso, indagando
el nombre de la calle y tal vez el número,
del portal con aldaba reluciente.
Novicio transeúnte, tú confundes
esas reglas del juego:
el auditor buscado
recibe a cierta hora ¿clandestina?
Y subes los peldaños ensayando
negociables razones y los préstamos
de viejas servidumbres no cumplidas.
¿Es un nuevo visado lo que pides
para escalar, incauto, jerarquías
o rangos alienables?
Trasmudas el atuendo y la sonrisa,
el surco de los labios.
Ubicuidad zarceas y soslayas:
no quisieras errar ni enajenarte
firmando los endorsos transferidos...
¿O, sin pagar peaje, soñarías

atravesar el puente del Gobierno?
¿Y mejor no sería
vadear en silencio secretísimo
el cauce de la Audiencia y el Juzgado?

Tus idas y venidas por el Reino
—ambiguas, circulares— son equívocas.
Trasiegas y trasvasas y traspones
los amorfos dobleces que acrisolas:
tu 'nada' aparencial,
humanoide, cinética.

El anverso y reverso de tu alma
—si alma tienes aún—
dubitan entre azares, beneficios
o las necias prebendas ...
Sin rumbo definido que te salve,
infeliz, tú transfugas.

EL INDIFERENTE

El desamor es sello de tu vida,
configura tu ser y es epidermis
y pátina también que ha recubierto
acciones olvidadas,
'aquello' que sentías
cuando eres sólo un niño.

Te invade la desidia del instinto
que se apaga infecundo.
Te obnubila el desánimo
posibles ademanes elocuentes
o súbita pasión que desafías,
atracciones, impulsos,
inusitadas súplicas,
ansiedades o dichas.
Impasible, te invade la desgana,
descariño de todo lo que existe.
Tu desdén o desvío,
helado menosprecio,
te apartan de las gentes
y ellas se distancian
de ti y te soslayan, ay, recíprocas.

Inrequerido siempre, deambulas
por los bellos jardines que no miras:
tus sentidos —cerrados— son neutrales

y no saben vibrar. ¿Cómo sabrían?
Tu innata displicencia los inhibe.
Indiferente,
la glacial amistad nunca se cumple.
Tus frías actitudes ya denuncian
fastidio, dejaciones que te alejan
de quienes ya pudieran acercarse
a estrecharte la mano
o insinuar un saludo.
¿Eres roca impasible
o el ciego pedernal que no ilumina?

Sin devoción ninguna sobrevives:
indolente y pasivo, tu despego
de todo, tu sordera
sentimental, quizá tus timideces,
acompañan tus días.
Y con ellos traspasas los umbrales
de soledades últimas.

EL HUMILLADO

INFAMES poderíos avasallan
tu humilde corazón sacrificado
por dolores antiguos, vencimientos
que fueron violación de los principios
y humanas dignidades.

Execrado por déspotas,
audaces opresores y oligarcas,
sin privilegios vives en silencio.
Las puertas de la honra se han cerrado
y tu agotada sangre se desliza
por un túnel sombrío y miserable.
No sabes vindicar humillaciones,
ni sabes rebelarte,
ni pedir recompensa
por tanto sufrimiento inmerecido.
Tu alma se conforma
al perdón cada día:
apaga sus enconos ¡ay! posibles
y esa sed libertaria
que no se apaga nunca.
El odio y el dolor te crucifican:
en resignado olvido tú te amparas
de aquellas voluntades iracundas,
de superiores castas
—¿en qué, por qué y cuándo?—
Sin caridad fustigan los derechos,

la abnegación que llevas en el fondo
de tu ser victimado
por las viejas herencias de los siglos.

¿No hay nadie que defienda al ofendido
en su noble inocencia?
¿No hay piedad favorable a su desdicha?

Vejaciones inicuas tú no puedes
soslayar, valeroso,
ante leyes y códigos
o arcaicas tradiciones.
Parece un sacrificio voluntario,
catarsis complaciente o requerida.
¿Devoción al dolor y a la tortura?
Como si fuera orgullo ese castigo
que tu bondad recibe sin quejarse
ni anhela premio alguno,
innata y arraigada en tus raíces.
Te vas con los mendigos de las calles
o niños sin albergue,
seguido por un can abandonado...

Prerrogativas crueles ancestrales,
sinrazones de ricos propietarios,
consignas arbitrarias y tiránicas
—¡que al justo soliviantan!—
¿no saben afectarte ni perturban
esa paz interior que te sostiene?

Por eso preguntamos con asombro:
¿La alegría —humilde— de vivir
es suficiente?
¿La conmiseración es un consuelo?
¿La discordia
tú quisieras borrar de los países?

Sublimas la humildad en alto orgullo,
sin plegarias,
sin airada protesta:
tú comulgas con otros humillados
que se alzan a la luz
—como tú— resignándose.
Escarnecidos libres
del odio victimario
contigo van buscando
altura y claridades,
serena trascendencia:
los severos castigos aniquilan
injustas opresiones.
¡He aquí la victoria!

No hay protesta social que tú acaudilles.
En esta fe tan simple sólo crees:
dinámica humildad es poderosa
y mucho mas aún
que la ciega violencia.
Es la ternura inmensa
por todos los que sufren
—contigo— al mismo tiempo.

Las burlas y desprecios, abatidos,
con ofensas y ruinas y vilezas.
No rinde el desaliento tu coraje
de humillado que vence
sin doblegarse nunca
ante el látigo o hierro
o sólo insulto infame.

He aquí tu heroísmo
por nadie sojuzgado.
¿Quién puede zaherir con algún éxito
al que, sonriendo, sufre?

El opresor, burlado, se degrada
a sí mismo en ese fango
de su propia maldad y su vergüenza.

Quién quebrantó la ley
—¡la dignidad humana!—
anonadado sea para siempre
por su propia vileza en el oprobio.

Condenados eternos de la ira,
legiones de humillados
están mirando al cielo
con los ojos sin lágrimas:
medieval ordalía les espera.

EL DISPLICENTE

DESDEÑOSO ademán te configura
el gesto de la mano disgustada,
el oblicuo mirar que está insinuando
el menosprecio,
opiniones adversas deplorables,
infausta desconfianza,
menguada certidumbre
de todo lo valioso y elocuente.

¿Qué superior saber te condiciona
ese desdén
o presunción equívoca?

Te desagrada el cielo cuando luce
en todo su esplendor a mediodía,
o la mañana gris que anuncia lluvia,
purpúreo atardecer, el alba clara.
De la bondad del aire también dudas
y también desconfías de la noche
con luna o sin estrellas.
Te desplace el silencio y no menos
la loca algarabía de los jóvenes.

Ese humor descontento —¿enfermizo?—
más parece una úlcera del ánimo,
fatídica pobreza de tu suerte.

Nos atribula ver tu desencanto.
¿Despecho? ¿Desaliento?
Diríamos que víctima tú eres
de un trágico infortunio o desventura.
¿Es un Hado maligno o siniestro
que persigue tu vida, lacerándote?
El amor desconoces y has perdido
ese amistosa dicha de las almas
solidarias y afines,
con sus dulces coloquios tolerantes.
Tu 'desgracia' nos duele, desdeñoso,
displicente fatídico.

¿Cómo aliviar tu daño,
tribulación que sufres
por no creer en 'algo' o en 'alguien'?
Tu displicente cuita
es mucho más que altivo desengaño.
¿O es sólo vanagloria de ser 'nadie'?

EL JUZGADOR

En círculos crecientes, esas causas
que has de sentenciar en tu conciencia
invaden por la noche lo que sueñas:
se tornan pesadillas y extenúan
la razón procesal que hoy te asiste,
neutrales arbitrajes se oscurecen,
confesiones también ya pronunciadas.
¿Tú podrías salvar al acusado
y atenuar delincuencias perdonables?
Oscila tu opinión sin tú saberlo
—¿las Tablas de la Ley y las Pandectas?—
e interiores sarcasmos invalidan
conclusiones ajenas al dictamen
del Alto Tribunal, Suprema Corte.

¿Declinarías tú ser el que juzga
a esos grises parias de las urbes,
si pudieron haberlos eximido
de hambres heredadas y miserias?
¿Y si fuese inocente el encausado
a pesar del testigo 'incorruptible'?
Con tu júbilo humano absolverías
su desdichada falta casi anónima.
¡El arpa de David resonaría
en alma y corazón secretamente!

Pero hay contradicción en las sentencias...
Si el acusado fuera como un niño
desvalido y sin culpa confirmada,
asignarle condena dolería...
Serio tú y también triste, sancionas
al que inflingió las normas ciudadanas
por un destino aciago y no por dolo.
Difícil es creer que te complazcas
en castigar a nadie por sospecha,
o reducir a cárcel o a patíbulo
el hombre y la mujer por ti juzgados...
Son preceptos ambiguos y no menos
los móviles del crimen que te asignan.

Sabemos que tú sufres si no logras
salvar por una ley la delincuencia
surgida del oprobio y la desdicha.
Creerlo así queremos y excusarte
de esa misión impuesta que tú cumples
con toda rectitud y con solvencia,
con legal probidad irreductible.
No es fácil creer que te complazca
sentar en el banquillo a quien ¿sin culpa?
la suerte denunció inicuamente.

Ambiguas son las leyes... Sus artículos
sofismas engañosos nos parecen:
se enredan como zarzas en los juicios,
entrelazan sanción y exculpaciones.
El fuero y el edicto legitiman
draconianas vigencias insolubles.
Valorar y eximir es muy difícil:
se distorsiona a veces el epíteto
y el concepto es falaz y serpentino...

Y sin piedad, a veces, una imagen
tú construyes errónea, no visible,
acaso intemporal para el muchacho
que una pena menor sólo merece.
Y a veces cumples bien, ejecutivo,
en procesos orales y ya públicos.
Buen juez de paz te muestras oficiando
la defensa: cordura señoreas
si interpretas —sensato— civil código,
los ancestrales fueros de una tribu.

(Era un sueño tu infancia: presidías
con gracia salomónica demandas
y querellas muy raras y absolutas
de encarcelada gente por envidias...)

La Sala de la Audiencia te recibe
con gravedad solemne obligatoria:
ni un rumor, ni un sonido se levanta
hasta que tú, sereno, lo autorizas.
Y tus manos se pliegan como un libro
cerrado, mas sapiente y fidedigno:
se alzarán a su tiempo sin curvarse
con la justa señal ceremoniosa,
en lícita actitud del que preside.

El Tribunal unánime sanciona
lo que ya razonaste con tu ciencia,
jurisprudente Juez y Magistrado
que sopesa cuantías, grados mínimos.
¿Por voluntad actúas, justiciero?
¿O presiones extrañas autorizan
las faltas de los bandos y los cómplices?
¿Te abrogas tú la acción de allanamiento?

Finaliza la Causa... Viene el Fallo...
Ya las dudas se alejan o ¿subyacen?
La decisión ya es inapelable:
absuelve o encarcela y ejecuta.
Y bajas del estrado... Tu semblante
seriedad transparenta, grave ceño.
¿Te sientes responsable que enaltece
la Justicia más pura en el litigio?
¿Habría apelación? ¿No hay indulto?
Los escribanos dejan ya sus folios...
Y la Junta de Jueces ratifica
decisiva condena ya cerrada.

Nos preguntamos todos: ¿la clemencia
al juez justo ennoblece o al magnánimo?
¿Enaltececida Ley es proclamada
por veredicto sumo mas benévolo?

EL VANIDOSO

VENECIANOS espejos te retratan...
La verdad, la ficción de tu presencia
insinúan la duda de quién eres
o sueñas ser quizá para los otros.

¿Por vanidad te miras o constatas
tan sólo de que existes sin halagos
de fatuidad alguna, insincera?
¿A perfección aspiras que no tienes?

¿O ensayas ademanes elegantes
y vanos, desdeñosos y altaneros?
¿Jactancia, afectación, en simulacro,
con rivales que inventas, presumido?

Un gesto de soberbia se insinúa
demasiado arrogante, infatuado.
¿No tratas de endiosarte? Tu arrogancia
se oculta envanecida, casi humilde.

Y luego, de perfil, se te revela
tu propia fantasía diseñada:
esa ilusión inútil de mentirte
con humos de altivez y falso orgullo.

El azogue se guarda los secretos
de tu alquimia interior y vanagloria:
inane fatuidad advenediza
es el vacío puro del engaño.

EL POETASTRO

TUS versos, en riada circulando,
invaden librerías, cafetines,
los saldos callejeros que se venden
en carritos y telas sobre el suelo.
Estás dispuesto siempre con tu pluma
a firmarlos —¡glorioso!— rubricados.
Y vas al Ateneo con tus libros
o manuscritas páginas que muestras
con especial orgullo al consagrado
poeta y académico de nombre
que pudiera leer lo que has escrito.
Sin timidez avanzas al estrado,
con sonrisa elocuente y luminosa.
Tu almibarada voz parece que exigiera
el dictamen más alto y elogioso...
Alguna vez, en cambio, vas al Metro
y tus volantes hojas al viajero
ofreces gentilmente... Él no sabe
si es óbolo que pides siendo precio
para pagar la imprenta o el billete...
Y puede aún creer que sólo quieres
que te lea las rimas fabricadas
¿con tanto amor o esfuerzo escriturario?
De vagón en vagón, por esos trenes,
tus romances, letrilllas y sonetos
van viajando contigo y con lectores

casuales, distraídos o piadosos.
Algún verso tal vez en la memoria
se quede por milagro —¡sonsonete!—
de una pobre muchacha enamorada
y que luego repita ante la luna
en clarísima noche de verano...
Sin la gracia de Dios eres poeta
salvado por la gente ciudadana
que los ecos salmodia de tus versos.
No lo saben los vates y se burlan...

EL COLECCIONISTA

1

No coleccionas sellos ni estatuillas
ni monedas romanas imperiales,
tampoco manuscritos ni papiros,
menos aun los huacos y las fíbulas.
Tus vitrinas, vacías, se adormecen
en profunda orfandad y en abandono.
Tu repertorio es raro y tu museo
acopia sumas íntimas, extrañas...

Tú coleccionas árboles tan sólo
con mirarlos —¡ignoras la botánica!—
y en tu herbario secreto clasificas
hojas secas halladas en el bosque
que sueles visitar en el otoño.
Y nubes atesoras en los ángulos
de la alcoba en que sueñas y en que duermes:
por altos cielos iban con los cirros.

Y en tu desván reúnes los senderos
que corrían al mar para bañarse
y olvidar tanto polvo y las pisadas.
Recolectas caminos y avenidas
de centenarios robles que nacieron
en viejas plantaciones de Luisiana,

y del *'musgo español'* aún conservas
enredaderas verdes y grisáceas.

Por amor y costumbre enracimas
las auroras y noches, los crepúsculos,
en detenido tiempo y luz difusa.
De lo nunca olvidable te declaras
coleccionista fiel en casa antigua.
El diario de tu vida el repertorio
conserva fidedigno del instante
feliz, del que fue triste en su desvelo.

Por tu balcón entraron las palomas
con zureos que guardas inaudibles
en tu caja de llantos y de júbilos.
Aún recuerdas sus vuelos: hay plumillas
casi blancas o azules, sosegadas...
Es el gran arcoiris de los pájaros
de muy lejos venidos para verte:
se ilumina el cristal con sus colores.

Se ensancha el universo en tu memoria
de incansable viajero por el mundo.
Tal vez se empequeñece si tú encierras
sus magnitudes cósmicas y archivas
lo siempre inabarcable para el hombre.
Inmenso ante tus ojos: se dilatan
las selvas milenarias, cordilleras,
hasta confines últimos sin límites.

Acopias en tu alma sortilegios,
vibrantes resonancias, maravillas
de una lejana patria ya perdida.
Hay sones quejumbrosos de campanas,
fugacísimo pasmo ya borrado
por una larga pena inagotable,

en despedida múltiple y sin término
de tu remota infancia originaria.

2

¿Requieres primaveras para cortar las flores
que luego serán ramo de dicha momentánea?
¿Prefieres ver el campo cubierto de amapolas
y de otras florecillas que desconoces y amas
como si fueran rosas de un gran jardín cuidado?
¡Si tú pudieras hoy coleccionar estrellas,
situarlas en la frente de cada amigo tuyo,
brillando noche y día como si fuera un signo!

¡Si recitaras música que internamente suena,
esa gran sinfonía para tu alma sola!
Cosechar la belleza es tu misión sagrada
de simple ciudadano, alegre o melancólico,
porque el dolor circula sin cesar día y noche,
en riadas que arrasan las aldeas y pueblos.
Y quisieras oir esas voces de siempre
o de nunca, quizá de ayer o de mañana,
aunque sea imposible en el silencio grave
de austera soledad sin resonancia alguna.

Inscripciones persisten en que sigas leyéndolas
en ese memorial de tu conciencia íntima:
quieren vivir presentes y que tú las enuncies
con tu amor religioso jamás impenitente.
Y recuerdas la iglesia donde están esculpidas
o el palacio italiano que te gustaba tanto.
Se imponen todavía a través de la bruma.
¿Corroídas acaso por la tenaz carcoma,

resucitar anhelan y confirmar que existen,
que están vivas aun y quieren ser eternas?

No cometas errores ni quieras nunca, nunca
guardar ese rencor de la innoble injusticia
que alguien contra ti una vez cometiese.
No archives esas horas ni archives esas deudas
de infame alevosía que alguien impusiera
contra ti y los tuyos, la ley escarneciendo.
Mas no borres palabras de consuelo ni dones
de amistad generosa y estima solidaria.

Inscribe en ese libro de tu vivida vida
los terrenales gozos que te dieron las frutas
preferidas, amadas con supremo deleite.
Melodías resume: alegraron tu alma,
tu corazón cansado y todas tus desdichas.
Infantil, las oíste en un primer concierto.
Y no olvides —si puedes— las leyendas antiguas
que te contó tu madre al ir adormeciéndote.
Sus vibraciones hondas resuenan todavía:
te acunan los nocturnos insomnios tan amargos.

3

Letales agonías no codicias:
en el mar del olvido naufragaron
para ti, para todos, sin salvarse.
Recoges sentimientos escudándolos
de los tenaces vermes que amenazan:
acaricias sus bordes delicados
con suavidad de tacto luminoso,
con intangibles dedos sin preguntas.

No disuelves los rostros que has querido
en esa niebla gris del sin- retorno:
silencioso persiste lo que fueron
en tu hondo vivir, jamás extraños.
Tú no guardas estelas funerarias
con esos nombres suyos, pues incisos
están en esas ceras de tu alma,
con vivencias pequeñas y diversas,
y con ellos trascienden imborrables.
Ternura no malgastas sin recelo.

En tu sangre navegan sensaciones
que abolir tú no quieres ni quemarlas
como históricas naves conocidas:
son vivientes riquezas que perduran
en eterno fluir insatisfecho:
no se duermen y reman sin cansarse
de ser tuyas —leales— mientras vives.
Y su caudal invade tu nostalgia.

Memoriales renuevas cada tarde:
apuntas nuevos rasgos, nuevas fechas,
fermentan nuevos ecos y hay paisajes
que nunca imaginaste verlos antes
y sabes retenerlos en tus arcas
cual grabadas monedas de oro puro,
de cambiante brillar y luz metálica.
Multiplicas —sin réditos— ganancias
que ennoblecen tus años ya proclives
a ese final que espera en un recodo.

Ansías tantas cosas y sólo para amarlas,
besarlas, contemplarlas y guardarlas
en un verso, poema o sólo en la memoria.
Que perduren quisieras estos cortos veranos
de playas descubiertas por azar o destino,

situadas en un mapa interior sólo tuyo
y acaso de quien amas y hasta dentro conoces.
Tu corazón invoca las voces que se fueron
para volver al diálogo que interrumpió la muerte,
que clausuró la noche inacabable y fría.

EL ONEROSO

ACONGOJAS —¿por qué?— a los que buscas
en las plazas de siempre, en la taberna
donde suelen beber noticias, vino...
No hay finalidad en ese agobio
que arrastras como un fardo o pesadumbre.
Abrumas, mortificas... Tu presencia,
a veces, sobresalta inoportuna
o simplemente estorba y es gravosa
a los que amigos crees mas te huyen.
Desasosiego siembras, vejatorio,
y tú nunca lo piensas ni presientes
la oscura desazón que vas creando
al pronunciar los nombres conocidos
o sólo una palabra sin despecho.
Infructuosa, tu vida se consume
en agravios que causas, inocente
del mal hado que signa tu destino.
Enojas y fatigas, incomodas
a los que amas tú y ellos lo saben.
Y la onerosa marea no es estela
de luz y sólo sombra triste irradias.
Quizá la soledad refugio fuese
y te salvara al fin del extravío
que dejas en las gentes como huella.

EL VALENTÓN

VINISTE de la guerra... Presumías
de gallardas hazañas y heroísmo,
de bravura y coraje temerario,
de gloriosas medallas que ganaste ...

Ahora, fanfarrón, vas paseando
por la plaza del pueblo y amenazas.
Nadie sabe por qué. ¿Todos sonríen?
¿Por tu jactancia inútil pena sienten?

¿De qué sirven tu arrojo y bizarría
en los tiempos de paz y de civismo?
¿Tu vana intrepidez te beneficia?

'Matamoros' te llaman, 'trabucaire',
acaso 'bravonel' sin entereza
para ganarte el pan de cada día.

EL SIGILOSO

Y, sigiloso, miras los dinteles
de esas puertas abiertas, infinitas,
o cerradas también como las arcas.
Esas puertas que abren otras puertas
hacia dentro del tiempo fugitivo:
corredores las unen, las dilatan
a un más allá que nunca miraremos
y que tal vez soñamos alcanzable.
Esas puertas que unen y desunen,
con hábito de amor o fiel angustia.

EL GUERRERO DE LA VERDE PAZ

EN el bosque naciste y junto a un río
que hacia la mar se iba luminoso,
en el suave collado que miraba
a la llanura inmensa, o a la costa
de bravos arrecifes y oleaje...
Amabas tú los campos, las praderas,
los rectilíneos surcos del arado,
cultivos y viñedos, arrozales,
los purísimos cielos con alondras.
Salvar esos paisajes, cuerpo a cuerpo,
es la noble ambición de tu bandera
que al incruento combate hoy te guía,
a navegar y hundirte en el océano.
Tu milicia es de paz aunque hostilices
al que lleva napalm, el fuego puro
destructor de hermosuras y de vidas,
de avecillas sensibles y dorados
peces libres que nadan centelleantes
por submarinos fondos nunca vistos.

Tu arcoiris enlaza continentes:
neutrales voluntades y estrategias
de esos dueños que mandan, belicosos,
apaciguar quisieras ambiciones
marciales, enemigas y diabólicas.
Tú buscas la concordia y universos

que armonicen fraternos, solidarios.
Caduceo levantas mas lo ignoran
esos poderes máximos y aciagos,
sin convenio posible y razonable.
La arrogancia los ciega: no ven nada.
Y queman, arrasando, cuanto es bello
o alimento de niños y animales.
Abrasan lo que amamos, selvas, nidos,
hondonadas de sombra y arroyuelos...
¡Malignos edecanes de la Muerte!

Portapaz tu estandarte, verde rama
de olivo centenario, de bucólica
encina protectora y viejo roble:
nunca supo ni sabe romper lanzas,
labores reconcilia con su fruto,
invoca el aire puro para todo
lo que vive en su medio desde siempre.

Te persiguen las fuerzas del saqueo
y nunca se repliegan: hacen armas
y bisoños soldados movilizan
para invadir las tierras que labraron
abuelos de otro tiempo ...
Quisieran desertar, mas los castigos
paralizan el ansia y acometen
sin causa ni cuartel, inicuamente.
Estratagemas urden, soliviantan
invasiones, conflictos, los estragos,
sumisión, retiradas, el repliegue ...
La tregua nunca viene ni armisticio:
degradaciones sólo y el pillaje.
No es medieval torneo lo que buscan,
ni tampoco naumaquias:
son acciones de guerra verdadera,
campañas sin perdón, ¡ay! alevosas.

Por eso te rebelas tú, doliente.

Y Verde Paz proclama tu cruzada
—simbólico arcoiris que tú tiendes
de país a país y con paciencia—
para salvar los campos y las mieses,
esas islas —palenques de mil muertes—
y esas vírgenes playas —cementerios
de focas y de algas bienhechoras—,
los hondos manantiales de las sierras...

Te saludamos todos y las gracias
te damos, buen guerrero que combates
sin armas por el mundo que habitamos,
por las viejas ciudades irredentas
y de opresores víctimas...
La Verde Paz difunde su Evangelio
de salvaciones cósmicas: humanas.

EL SILENCIOSO

No eres mudo. Lo sabe ese silencio
que guardas para ti y para todos.
Ni queja ni protesta se desliza
de tus sellados labios.

No eres sordo tampoco —lo sabemos— ,
mas no respondes nunca a quien te alaba
y nunca a la ternura ni a la insidia,
menos aun al súbito improperio.
Nada hay que desborde ese mutismo
o discreciones tácitas.
Ni incendios otoñales de las hojas
caídas en los parques que tú amas.
Ni casonas antiguas —gris madera
que al quemarse te duele internamente.
Es la tuya mudez que ha madurado
y nadie sobrepasa por su enigma:
es aliento profundo que gobierna
una extraña deidad o fuerza oculta
para daño del alma.

Si tú sufrieras, dí, ¿quién lo sabría?
¿Cómo ayudarte, di, si estás herido
o enfermo de algún mal que sanaríamos,
si enmudecido encubres, disimulas
—por orgullo, quizá—

y amordazas el grito o lo reservas
en el hondón del pecho clausurado
con sigiloso afán incomprensible?

Quizás eres un héroe de propia
soledad que no vences ni redimes.
Esforzado, tú nunca solicitas
auxilio, nunca llamas con voz tenue
al viandante que pasa por tu calle,
ni siquiera al vecino de tu puerta.

Sin voz emancipada, no liberas
albricias, penas hondas ni secreto,
inesperado júbilo que adviene
cualquier amanecer o cualquier día.
¿Inaudibles, acaso, las palabras
transvuelan aires densos,
la claridad hermosa que despierta
en ese mes de mayo floreciente?

Ni una llamada emite, cauteloso,
tu corazón callado pero vivo.
Ni un sonido destella entre tus dientes
al advenir el sol del mediodía
radiante y amigable.
Tampoco puede el sueño por tu boca
expresar lo soñado.
¿Ningún presentimiento invade nunca
el fondo de tu pecho,
los bordes de tu espíritu?
¿Cómo hacer comprensible ese silencio
que no es disimulo ni ignorancia?
En blanco dejas siempre las acciones ...
¿Qué amordaza tu lengua, tu respiro?
¿Ningún candado sella tu conciencia
con lacre invulnerable?

Opones al estruendo tu silencio
y tu mullido paso, como un musgo,
sobre losas y aceras de la urbe.
Contemplas hacia dentro lo que pasa
en la ciudad y el mundo,
con su oscura-miseria y con su lodo...

¿Acaso ves la Muerte en las esquinas
y la temes? ¿Asfixia tu garganta,
asfixia tu palabra y la destruye?
Divagando, te pierdes como un niño
que ha olvidado la casa donde vive.
La ciudad es un mar ¡ay! insondable,
suprema soledad sin vanagloria
de luces, ni semáforos...
Despedirte no quieres de la vida
y callas los adioses contenidos.
De tu sombra los pasos van borrándose
en el vacío último del barrio.

Ni un sí ni un no se exhalan de tu boca,
asumida protesta inexpresable,
dolor sumo que callas sin soborno
por todos los que sufren omitidos.
¿Silencias tu verdad o tu mentira?
¿Algún muerto agoniza en tu memoria?

EL QUE VA A MORIR

DEPONES ya tu nombre de papeles
que consistencia han sido de tu vida
en todas las ciudades que habitaste,
intransferible cédula con número.

Ya quemaste las cartas, fidedignas
señales de los seres que te amaron
y amaste, con retratos muy antiguos
o jóvenes aun en su transcurso.

Te fuiste despidiendo ya de ausentes
—una vez más— ¡ay! muertos mucho antes.
¿Sonreiste quizá? ¿O se vidriaron
tus ojos recordando lo que fueron?

Y sólo las cenizas te rodean...
En ese mundo suyo son adioses
sin gesto de tu mano tan cansada.
Las miras con amor y con tristeza.

(Y alguien quemará los versos últimos,
iniciales poemas, balbuceos
de noble vocación, gratuita siempre.
¿Ninguno salvará como reliquia?)

En la ciudad no saben que se muere
un ciudadano solo, sin nostalgia
de haber vivido tanto... Sus acciones
subyacen a sus pies cual fieles canes.

Pasa el viento a velarte... Los visillos
débilmente se agitan y la lámpara
con dulce suavidad ya se consume.
Palidece el sudario de la sábana.

EL HILO DEL VIVIR

(Final)

EL hilo del vivir es uno solo,
central, insoslayable y unifica
a todos los humanos, personajes
de esta cinta que siempre se proyecta
en el cine del mundo,
pasando sin cesar ante los ojos:
sombras vivas, reales, transitorias.
(Caverna de Platón ejemplarizan
los dinámicos rostros y los gestos
que dibujan acciones repetidas,
diferentes, sincrónicas, las mismas,
en esa gran pantalla que es espejo
de todo lo vivido, hoy, mañana.)

Como quien roza el aire suavemente,
ingrávidos avanzan, sigilosos,
pisando, sin embargo, roca viva,
ennegrecido asfalto, lodo triste,
en la ciudad manchada por el humo.

Celuloide infinito devanándose,
multiplica alternando las imágenes
de vivas criaturas transeúntes

—ciudadanos del Reino—
que van hacia el morir desde que nacen.
Y vuelve a su transcurso: variaciones
de caras semejantes
y parecidos actos.

El filme transparenta el movimiento
de progenies innúmeras,
finalmente ocultándose en lo oscuro,
negro cierre del drama al acabarse:
en él todos vivimos y morimos
sin saber nunca, nunca a dónde vamos,
sea Cielo o Infierno, sola Nada.
La última palabra es la firma
del alma, decretada por la Muerte.

(El Plantío-Majadahonda, Madrid)
1994-1996

QUE VAN HACIA EL MORIR DESDE QUE NACEN

(Alegoría final de los *Siete Sellos*, filme de Ingmar Bergman)

Índice

Ciudadanos del Reino (Poema liminar) 9
El Arquitecto 12
El Favorito 21
El Sospechoso 23
El Inquieto 25
El Sosegado 27
El Dadivoso 28
El Ingenioso 31
El Rebelde ¿sin causa? 34
El Expatriado 36
El Avaro 38
Los Amantes 41
El Insumiso 45
El Creyente 47
El Pescador de caña 53
El Tránsfuga 54
El Indiferente 56
El Humillado 58
El Displicente 62
El Juzgador 64
El Vanidoso 68
El Poetastro 70
El Coleccionista 72
1 72
2 74
3 75
El Oneroso 78
El Valentón 79
El Sigiloso 80
El Guerrero de la Verde Paz 81
El Silencioso 84
El que va a morir 87
El Hilo del Vivir (Final) 89
QUE VAN HACIA EL MORIR DESDE QUE NACEN 91

Traductora de Walt Whitman, Charles Morgan y otros escritores y poetas, ha participado en congresos internacionales y ha dado innumerables conferencias en entidades culturales. Ha colaborado en numeroso periódicos y revistas de España, Hispanoamérica y países extranjeros. Son incontables sus trabajos de crítica literaria, entre los que merece destacar su obra *Poesía española del siglo XX : estudios temáticos y estilísticos* (1974), en cuatro volúmenes y ya agotada. Con anterioridad publicó *Miguel Hernández. Vida y obra. Bibliografía y Antología* (1955) y una *Historia de la Literatura Norteamericana* (1956). En *Verdad, Belleza y Expresión* (1967) reunió sus ensayos sobre letras anglo- americanas.

Ha obtenido diversos premios literarios: Accésit del Adonais de Poesía, 1947; Primera Mención Honorífica del Hernández Catá de Cuentos, La Habana, 1949; Accésit del Ifach de Poesía, Alicante, 1952; Premio Boscán de Poesía, Barcelona, 1955; Premio de Poesía Café Marfil, Elche, 1980; Premio Opera Óptima de Poesía, Madrid, 1983 y Premio Prometeo de Poesía, Madrid, 1988.

Concha Zardoya —interesada siempre en su lírica por los más variados temas y registros— orienta ahora su poesía en Ciudadanos del Reino a la reflexión de los comportamientos sociales y éticos observados en 'su' época, tan llena de situaciónes difíciles y de momentos trágicos y hasta catastróficos. Medita en cuanto puedan significar las acciones que ejecutan hombres y mujeres en todos los países. Pero también recuerda el pasado y la futura proyección de cuanto acontece en el vivir humano, concluyendo que los diversos tipos humanos —'caracteres' del drama histórico— no han variado, salvo las circunstancias cronológicas. Estos 'personajes' —configuradas vidas simuladas— también pueden o podrían ser los 'actores' de un filme. Teatro, cine, vida, en un devenir constante, real y aparencial y, en consecuencia, poético. El dramatismo teatral y cinético, vívido y existencial, se transfiere al poema que se convierte en 'celuloide' humano con su desfile de 'retratos' —más o menos reales, más o menos imaginarios—, "dramatis personae" con su "psyche" individual y genérica. Algunas 'caracterizaciones' podrían ser sátiras, pero la posible sátira se envuelve en sensible piedad y el dicterio posible se diluye ni siquiera en sarcasmo. Alabanza y condena —en este 'friso' de humana movilidad— no anulan su efectividad poética, aunque también incluyan una estética dramática, programática y hasta narrativa. El verso —con su medida (nunca rigurosa) y su ritmo— eleva lo anecdótico y circunstancial hasta la configuración poética.

ISBN: 84-7731-230-7

9 788477 312307